

1

Un violín quebradizo llora desde hace días la muerte de un hombre libre. Sus notas lanzan una melodía tan tenue que esta mañana apenas alcanzaban la orilla civilizada del Misisipi. Imagino que el difunto arrastrará siempre la fama de hombre feroz y extravagante, pero los que le conocimos no ignoramos que, ante todo, y digan lo que digan, don Manuel Lisa fue una buena persona. En realidad, por aquí todos le llamábamos «Manuel», o «Capitán», por los años en que lideró la compañía de comerciantes más próspera de Norteamérica.

Lamento de todo corazón ser el último de nosotros con vida. Habría sido más fácil entender esta historia si la hubiese escrito cualquier otro. Pese a ello, si estáis leyendo estas líneas, es porque, nada más volver de su sepelio, he decidido dejar constancia de quién fue Lisa y quiénes fuimos los que le seguimos.

Aunque español en origen, su verdadera patria fue siempre la frontera, y, con ella, cualquiera de los horizontes que visitamos los años en que hicimos del mundo indómito y salvaje nuestro auténtico modo de vida. Manuel, que en paz descanse, admiraba la curiosidad frente al resto de las virtudes, y sabía hallar fortuna en la libertad absoluta que le confería su oficio. Tal vez por eso tuvo siempre la valentía de aventurarse en lo desconocido de nuestro continente; de soñar con un mundo nuevo.

Los primeros recuerdos que vienen a mi cabeza —y más ahora que en estas páginas trato de narrar cómo ocurrió todo— son de la primavera de 1807. Si cierro los ojos, casi puedo ver a Manuel esperándome en un pequeño banco de la ciudad de San Luis. Yo llegaba a caballo, tras cuatro días de penurias que ahora no procede contar. Allí estaba él, manos en

los bolsillos y rostro inquieto tras una chalina de paño grueso. La enorme espalda apoyada en el respaldo de roble. Las piernas cruzadas, la una sobre la otra. Recuerdo pensar que estaba en plena forma. Era un hombre imponente, bastante alto, fuerte y poseedor de unos penetrantes ojos marrones. Aquel día iba debidamente arreglado según la moda de la época: frac negro con cuello de piel y sombrero de copa, aunque el pelo negro enmarañado y las botas altas anticipaban en su aspecto costumbres más de campo que de ciudad.

Me acerqué. Se levantó lentamente. Pese a la voluptuosidad de sus patillas, no me fue difícil discernir que la herida fea que le recordaba en el cuello se había tornado en cicatriz. Pocos sabrán que se la hizo en la emboscada más famosa del año 1801, nada más arrancado el siglo. Una expedición de veinte españoles volvía exitosa a Nueva Orleans tras pasar el otoño cazando castores en el curso medio del río Misisipi. Al parecer, la niebla les hizo acampar en un lugar poco aconsejado, y los indios arikaras defendieron su territorio degollando, uno tras otro, a aquellos hombres cristianos. Que se sepa, solo dos lograron escapar a semejante barbarie. Manuel Lisa fue uno de ellos. Cuentan que, en plena emboscada, se dejó caer bosque abajo, entre la maleza, esquivando los hachazos de los nativos. Por pura fortuna encontró malherido a su hermano, escondido tras un arbusto. Retrocedió unos pasos, aupó el cuerpo sobre sus hombros y le convirtió así en el segundo superviviente de la velada.

Mi padre era aquel afortunado. Joaquín Lisa. Lo que convierte a Manuel en mi tío. Ambos fueron compañeros de incursiones durante muchos años; compartieron no solo un lazo de sangre, sino también una de esas hermandades propias de haber vivido cientos de aventuras juntos. Desgraciadamente, mi padre murió al medio año, fruto del mal curar de sus heridas. Recuerdo el malestar que estas le provocaron durante meses y lo sorprendido que siempre me quedaba cuando le veía bromear con mi tío Manuel sobre arrancarse la costra de cuajo y echársela de comer a los cerdos.

Eran otros tiempos, que decía mi madre. Con ella, por cierto, me fui enseguida a vivir al presidio de San Antonio de Béjar, en la provincia española de Texas. Allí pasé cinco años siendo mitad monaguillo en una misión católica y mitad sirviente en la casa de unos criollos que pocos respetos le guardaban ya al rey Borbón al otro lado del océano.

Aunque hoy día no me arrepiento, dudo mucho que, de haber conocido las actividades y compañías de mi tío Manuel en aquellos años, le hubiese ofrecido mis servicios tan a la ligera. Más aún teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrirle aquella misma mañana. El caso es que, tras bajarme del caballo, le di un fuerte abrazo, y él me lo devolvió sin dudarle ni un segundo.

—Joaquín, cuánto has crecido —creo recordar que fue lo primero que me dijo—. Siento mucho lo de tu madre. De haberme enterado, habría tratado de ir al entierro.

—Yo también me alegro mucho de verle, tío. Y le agradezco que me haya aceptado como ayudante.

Tanta desgracia junta os resultará abrumadora, pero la realidad es que mi pobre madre murió unos días antes del comienzo de esta historia —tras agravársele una gripe— y que yo me quedé sin empleo el mismo día que las tropas de San Antonio se marcharon a rendir cuentas al fuerte del Álamo.

No recuerdo si, harto de servir a desconocidos o deseoso de tener a mi familia cerca, robé un caballo más lento y flaco de lo que hubiera sido aconsejable para que me llevase directo a San Luis, lugar en que vivía mi tío Manuel como ciudadano estadounidense. Como sabréis, Napoleón le había comprado toda la Luisiana a España para tres años más tarde vendérsela a los Estados Unidos.

—¿Qué tal el viaje? —dijo mi tío, observando la montura escuálida que me acompañaba.

—Muy bien —mentí. Había sido un auténtico desastre.

—Has llegado el día esperado... y a la hora adecuada.

Manuel se mesó las patillas con calma y miró a su alrededor con un gesto de sospecha.

—Tío, de verdad, no sé cómo agradecerle... Pronto le permitiré ver que soy una persona responsable...

—Tranquilo. Es una buena noticia que estés aquí. Como digo, no podías haber llegado en mejor momento.

—Gracias.

—Tengo planes para ti. —No volvió a abrir la boca en un buen rato. Manuel Lisa no era hombre de muchas palabras, ni mucho menos. Solo hablaba si era estrictamente necesario, y, cuando lo hacía, era para poner punto y final a un debate, pues poca gente le contradecía.

Subió a un caballo negro y robusto de un brinco y tiró de las riendas con agilidad. Yo hice lo propio para seguirle a paso ligero. Lisa era lo bastante conocido en San Luis como para que más de una persona en el camino parase el carro o la montura con el ánimo de concederle un saludo cortés. La mayoría, sin embargo, parecía tenerle cierto respeto. Incluso me atreveré a decir que algo de miedo.

Avanzamos por un camino de tierra que muy pronto se convirtió en otro elegantemente adoquinado. Me avergüenza decir esto, pero otra cosa que me sorprendió nada más pisar la ciudad fue la actitud y la vestimenta de las mujeres, mucho más joviales y despreocupadas que en las ciudades de Nueva España, donde siempre andaban escondidas tras su misal y su rosario. En San Luis, los carruajes iban y venían con damas jóvenes que no dudaban en mirarte de pies a cabeza para concederte una sonrisa. El trajín era sorprendente para tratarse de una ciudad ubicada en tierra tan inhóspita. Pronto me di cuenta de que estábamos dando extraños rodeos.

—Cuidado ahora. Acércate a mí —dijo Manuel con voz firme y segura—. Bajaremos al río por la parte trasera; no quiero que nos descubran.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Haz lo que te digo, Joaquín.

—¿Alguien nos persigue? —Pero no obtuve respuesta.

Muchos habréis oído hablar de la expedición de Lewis y Clark. Fue la primera llevada a cabo por estadounidenses con

el objetivo de encontrar una ruta fluvial desde el Atlántico hasta el océano Pacífico. Pues bien, hacía apenas unos meses que Lewis y Clark habían regresado a San Luis, y los carteles de bienvenida aún podían verse bajo las ventanas de los edificios más próximos al río. Con el objetivo de reclamar la presencia estadounidense en el Oeste americano antes de que franceses, españoles o británicos pudiésemos hacer lo mismo, la campaña había sido un gran éxito. Y si os cuento esto es porque me pareció curioso enterarme de que mi tío, aun siendo español de nacimiento, había tenido un papel destacado en todo aquello. Conocedor en buena parte de los territorios del oeste —gracias a la experiencia obtenida como cazador e intérprete de los indios—, brindó a los estadounidenses un buen número de consejos, mapas y provisiones a cambio de que el nuevo gobierno de Luisiana le otorgase una sola cosa: la posibilidad de seguir comerciando con los territorios españoles de Texas y la Florida.

Apeados del caballo y casi a hurtadillas, como escondiéndonos de algo o de alguien, bajamos por el sendero adoquinado. A medida que nos acercábamos al río, el número de las calles iba descendiendo: 6, 5, 4... Finalmente llegamos a una vía bastante larga en la que había un poste del que colgaba un gran cartel: «Second Street». Seguí de cerca a mi tío, mirando de reojo a los vendedores de carne de los soportales y a los jóvenes que jugaban a las cartas arañando los últimos rayos de sol frente al muro de una iglesia protestante. No escapó a mi atención un grupo de cuatro o cinco hombres que, observándonos desde lo lejos, intercambiaron susurros y palabras en un perfecto francés.

—Es aquí —dijo Manuel por fin. Su voz era áspera y ruda como ninguna.

Mientras atábamos mi caballo y el suyo a la parte trasera de su almacén, al otro extremo del pequeño jardín, desde una altura considerable y apoyado en la barandilla de madera, nos saludó mi primo Remón. Otros cabellos rubios y alborotados asomaban tímidamente entre los balaústres. Debían de ser los de su hermano.

Dieron las siete de la tarde en la torre de la iglesia. Y justo en ese instante, como si las campanadas hubieran definido con rigor la hora de llegada, subí con atino los peldaños de la casa, y antes de que pudiésemos hacer uso de la aldaba, la puerta se abrió de golpe. Mi tía Polly, a la que llevaba sin ver una eternidad, sonrió nada más verme y me dio un fuerte beso en la mejilla.

—Bienvenido, Joaquín. Siento mucho lo de tu madre. Ya sabes que ella y yo nos llevábamos bien.

—Gracias, Polly.

—Qué mayor estás... ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—En Nueva Orleans, hace al menos seis años —respondió mi tío. Aunque hablaba español a las mil maravillas, su acento inglés seguía siendo inconfundible.

Polly Charles Chew, una viuda a la que Manuel Lisa había conocido años atrás en Nueva Orleans, era su mujer por aquel entonces. Tímida, amable y cariñosa, poseía unos preciosos ojos azules que combinaban a la perfección con una larga y ondulada cabellera rubia. No digo que no se quisieran, pero siempre tuve la sensación de que Polly le estaba más agradecida a mi tío que cualquier otra cosa. A fin de cuentas, Manuel Lisa se había hecho cargo de ella —y de su pequeña hija Rachel— tanto afectiva como económicamente en un momento de suma delicadeza para sus vidas en la capital. Con el paso de los años y tras su mudanza a San Luis, el matrimonio había hecho crecer la familia, trayendo al mundo a Remón y a Manuel, mis dos pequeños primos carnales.

—Te hemos preparado una cama en la habitación de Remón, en el piso de arriba —dijo Polly.

Creo que en aquel instante sonreí amablemente, le di las gracias por acogerme en su preciosa casa y seguí a mi tío hasta el salón, donde se encontraban los tres niños. Guardo de aquel momento un recuerdo tierno, de profunda calma y quietud. Los dos pequeños jugaban con un caballito de madera en torno a una mesa con la cena recién servida. Rachel, la mayor, leía junto a la chimenea. Cuando pienso en un hogar, tal vez

por no haber tenido uno apropiado a lo largo de mi vida, viene a mí ese preciso instante.

Entré en la habitación y dejé en el arcón lo único que poseía: una camisa a rayas, ropa interior, unos calcetines bien gordos y un medallón de plata que solía cuidar como un tesoro, pues era lo único que conservaba de mi madre. Pocos minutos después, sentados a la mesa y tras haber ordenado lo poco que tenía, mi tío sacó una botella de vino tinto de un cajón, sirvió tres copas y extendió una hacia mí con cuidado. «Jerez Seco Selecto. Vino Andaluz», decía la etiqueta.

—Pruébalo, Joaquín. Un barco solía llegar cargado de barricas desde el puerto de Cádiz. Directo a Nueva Orleans. Tu padre y yo las subíamos en bote por el Misisipi y lo vendíamos aquí y en San Carlos. —Mi tío evocó aquel recuerdo como si la llegada de su sobrino hubiese pellizcado de algún modo su memoria.

—¿Y ya no llega? —preguntó Rachel sin levantar la vista del libro que leía al mismo tiempo que cenaba.

—El vino que llega ahora es francés. Todo es francés. ¿Qué estás leyendo, Rachel? Seguro que también es francés.

Rachel sonrió, dio la vuelta a su pequeño librito y lo dejó sobre la mesa. El título de la portada estaba escrito en inglés:

«The Mysteries of Udolpho, a Romance; Interspersed with Some Pieces of Poetry».

Probé el vino. Estaba realmente bueno.

—Creo que la novela es inglesa. Pero la protagonista es francesa —contestó Rachel—. ¿Tú sabes leer, Joaquín?

—Sí que sé —respondí orgulloso—, aunque no he tenido oportunidad de hacerlo muy a menudo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y no has tenido tiempo? No lo entiendo.

—Si Dios quiere, pronto leeré alguna novela. He oído que el *Quijote de la Mancha* es muy divertida. Mi padre tenía un ejemplar y solía recitar alguno de sus pasajes de memoria.

—No la conozco.

En las estanterías del salón había al menos dos o tres decenas de libros viejos. Los observé con calma. Luego hubo un breve silencio que sirvió a mi tío para medir sus siguientes palabras.

—Escucha, Joaquín. —Manuel Lisa me miró firmemente—. Esta mañana, unas horas antes de que llegaras, ha ocurrido algo. Algo que cambia mis planes. Olvida la carta que te mandé: ya no me servirás en el muelle.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pronto lo sabrás. —Sus manos inquietas delataban en él cierto grado de nerviosismo—. Muy pronto. Por el momento, quiero que descanses bien esta noche y que estés preparado. No vamos a estar mucho tiempo en San Luis. —Asentí, acabé con presteza la sopa que Polly había preparado y apuré poco después la copa de vino. Escuché el coloquio posterior sin volver a abrir la boca. Luego pedí permiso para levantarme de la mesa y retirarme a mi nueva alcoba. Me tumbé en la cama. Una cama dura y rígida de madera sobre la que colgaban sábanas gruesas y amarillentas.

Aquella primera noche aprendí que Rachel, la hija adoptiva de Manuel Lisa, leía a menudo novelas de terror. Que Remón y el pequeño Manuel detestaban leer y preferían jugar con sus amigos en los canales del río. Aquella noche, arropado ya entre mantas de piel, se me escapó una lágrima tras pensar un buen rato en mi pobre madre. No tuve tiempo de despedirme de ella, de poner en orden nuestros asuntos. Todo había sido tan precipitado...

Justo después escuché a Polly lamentarse. Fuera lo que fuese aquello que había ocurrido por la mañana y que tanto inquietaba a mi tío, preocupaba sobremanera a mi tía. Por el quicio de la puerta vi la silueta apenas iluminada por las llamas de Manuel Lisa. Se acercaba a su mujer para darle un abrazo. Sobre el torso descubierto, y para mi sorpresa, Manuel Lisa lucía un enorme tatuaje. Una forma oscura, geométrica y alargada sobre la que se cruzaban un par de flechas. Entiéndase que el impacto que me causó aquello fue debido a que, pese a que era común

entre marinos y otras profesiones, solo en una ocasión había visto un dibujo similar sobre la piel, concretamente en el pellejo de un indio comanche al que llevaban preso los guardias de Santa Fe.

Cuando se hubieron separado, observé cómo él le mostraba a ella una carta hecha añicos que llevaba en el bolsillo.

—Lo haremos por nuestra cuenta —susurró—. No nos queda otra manera.

Arrojó los pedazos de papel al fuego y observó lentamente cómo se consumían.

—¿Sigues confiando en el dibujo?

—¿En qué dibujo?

—El mapa de Heceta.

—Por supuesto. —Manuel Lisa giró sobre sí mismo y apagó la pequeña lámpara de gas que iluminaba la estancia.

2

Pese a la misteriosa conversación de la noche anterior, he de confesar que mi primer día en San Luis comenzó de un modo más bien tranquilo.

—Buenos días, primo. Tendrás hambre. El desayuno está servido —susurró Rachel tímidamente y desde el pasillo al ver cómo me limpiaba el rostro con un paño humedecido.

—Gracias. Enseguida bajo.

Aireé las sábanas a sacudidas. Desayuné. Luego, cuando el sol apenas amenazaba con salir, acompañé a Polly a pedir una cita al practicante para la vacunación de mis primos contra la viruela. Más tarde fui a comprar unos huevos, que pude pagar con moneda de a ocho reales, puesto que el dólar vigente en San Luis seguía siendo el español.

—¿De dónde eres, chico? —me preguntó en inglés la vendedora, alzando la voz sobre la barahúnda. Por timidez o debido a la complejidad de la respuesta, no supe qué decir e hice como que no la había entendido.

Tras dejar los huevos con muchísimo cuidado en la repisa más alta del almacén de mi tío, entré de nuevo en la casa para acompañar a mi prima Rachel a la casucha que tenía la escollanía junto la iglesia, donde había de ensayar junto al resto del coro para amenizar la misa del domingo. Intercambiamos algunas frases vagas. Luego me quedé viendo a las demás niñas entrar y salir por el pórtico de madera. La mayoría de ellas era de origen francés. Alguna, española.

Todas estas tareas las agradecí mucho, porque sin duda me permitieron saborear y descubrir de primera mano las peculiaridades de una localidad de frontera. Y me explico, pues he podido saber que cuando en cualquier otra parte del mundo se habla de «frontera», se entiende como tal la línea imaginaria

que separa un país o una parcela del territorio vecino. Pues bien, lo que en Norteamérica se conocía —y aún hoy conocemos— como «frontera» es algo bien distinto. Los estadounidenses incluso le ponen otro nombre. Como algunos sabréis, llaman «*border*» al concepto español de «frontera». Y «*frontier*» al suyo.

La *frontier* es en realidad un vasto terreno, una amplia cantidad de tierras desdibujadas entre lo ya colonizado y lo aún inexplorado. Entre el este civilizado y el oeste salvaje. Dos mundos excluyentes que en aquella época se encontraban al borde de la masacre. Y si algo hacía famosa a San Luis era precisamente el hecho de ser la gran ciudad en la frontera. Sin embargo, pese a estar ganando fama como la Puerta del Oeste, ciertas calles se mostraban aún como un lugar tranquilo y apacible en el que perderse en aquella primavera de 1807.

Eran más bien las calles próximas al río a las que acudí con mi tío aquella tarde las que cada día se llenaban de viajeros y nuevos pobladores venidos del este. Manuel Lisa sabía reconocer la nacionalidad de cada uno solo con mirarlos desde la distancia. «Francés. Español. Alemán, tal vez polaco. Estadounidense». Todos ellos compartían las calles de una urbe que se sentía apátrida y salvaje. También había esclavos: negros e indios. Pero como las autoridades españolas habían prohibido esclavizar a los indios y las estadounidenses aún no se habían pronunciado al respecto, por la calle uno solo veía sirvientes negros, mientras que los nativos pasaban todo el tiempo de puertas para dentro. Tal vez por esta razón aún no había logrado ver un solo indio en San Luis, por irónico que resulte a los que hoy día me conozcan. Por supuesto, eso estaba a punto de cambiar.

Desde hacía un par de horas, y tras haber disfrutado en una mañana repleta de recados, me dedicaba a observar a la gente paseando por las calles. Casi aún puedo verme allí, sentado en una mecedora de fieltro, reposando tranquilo el pollo asado que habíamos comido. Saboreando la ciudad que pensaba que sería mi refugio por el resto de mis días. Una sombra lenta y alargada comenzaba ya a robarles el brillo a los charcos que

se apelotonaban junto a la alameda. Desde el jardín de mi tío se escuchaba el graznar de los patos. En ese preciso instante vino a buscarme a paso firme, agitando los brazos y silbando desde el camino.

—¡Joaquín! Vamos, levanta.

Brinqué de la mecedora y le seguí a paso ligero.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Ahora lo verás.

Salimos de Second Street. Doblamos un par de esquinas y recorrimos las colinas paralelas al río. La tarde le había quitado al día el resplandor impoluto del sol y los tonos del cielo se habían vuelto anaranjados. Tras caminar un poco entre las plantaciones, anduvimos por el muelle otro buen rato y nos paramos frente al último amarradero de la orilla, tan alejado del resto que los juncos casi se habían comido sus tablas de madera.

—¿Es este su muelle?

—Échame una mano, Joaquín.

Ayudé a mi tío a apartar unos cuantos tallos con la mano y descubrí entre la maleza una pequeña barca cubierta de telas viejas.

—¿Qué es?

Una vez más, no obtuve respuesta, así que allí esperamos, sentados. En silencio. Estaba acostumbrado a esperar, si os soy sincero. Me había pasado los cinco últimos años esperando. Esperando a que empezase la misa. Esperando a que los señores decidieran salir de palacio para engalanar y limpiar sus monturas. Esperando, en definitiva, a que un golpe de suerte cambiase por fin mi fortuna y me ofreciese una escapatoria de una o de otra manera.

Las aguas del Misisipi se movían lentas y aletargadas frente a nosotros.

—Qué despacio se mueve el agua —dije sorprendido.

No sé a qué tanta sorpresa, pienso ahora. Ese río estaba allí antes de llegar nosotros. Y seguirá estando allí cuando todos nos hayamos ido. Los ríos no tienen prisa, que diría una vieja amiga.

Observando el agua, mi tío sacó un enorme puro de no sé dónde y le prendió fuego en un santiamén con el pedernal que llevaba en la bota. Se quitó el sombrero de copa, se echó para atrás el alborotado pelo negro y se mesó las patillas al tiempo que le daba una lenta y larguísima calada al habano. Luego suspiró profundamente y me concedió una mueca sonriente.

Sin yo saberlo, la calma con la que había comenzado mi segunda jornada en San Luis estaba llegando a su fin.

El sol se ponía tras las montañas y teñía el cielo de un rosa pastel cuando una pequeña embarcación rodeó la que hoy día es la isla del Arsenal, por aquel entonces un islote fluvial sin importancia. Cuando la embarcación se hubo aproximado lo suficiente, Manuel Lisa destapó con brío la tela vieja que cubría la barca de madera que había dispuesta frente a nosotros, para descubrir bajo ella una considerable montaña de pieles y fardos de cuero.

—Joaquín, vas a tener que ayudarme con esto.

La balsa llegó por fin ante nosotros. De ella se apeó un hombre enorme que la amarró con presteza a un poste y se detuvo frente a mí al tiempo que se quitaba una capucha gris de la cabeza. La sangre se me heló de inmediato. Aún hoy puedo recordar el rostro sonriente de aquel indio, sus ojos penetrantes, los pendientes grandes y ovalados que colgaban de sus orejas y el trenzado de un cabello largo y negro que se perdía entre las mantas y tejidos que cubrían todo su cuerpo.

—Es mi sobrino —se adelantó mi tío—. Joaquín, este es George Drouillard.

—Oh... Hola. Encantado de conocerle —le dije. El indio estrechó mi mano con fuerza y comenzó a traspasar a toda prisa los paquetes desde la barcaza de mi tío hasta su pequeña balsa de madera. Esperé la señal de Manuel y comencé a ayudar, cruzando de un lado a otro todos los fardos y atadijos, dejando los más pesados para los musculosos brazos del tal Drouillard.

—¿Joaquín? Igual que su padre, yo imagino.

—Es el hijo de mi hermano Joaquín, sí.

Aunque Lisa permaneció en el muelle, el indio y yo seguimos cargando. Algunos bultos eran más pesados que otros, pero a Drouillard no parecía importarle lo más mínimo el contenido de los paquetes.

Como más tarde supe, Manuel y él ya habían tenido asuntos antes, sobre todo porque tres años atrás George Drouillard había aceptado ser el intérprete principal en la expedición de Lewis y Clark, hasta convertirse en una pieza fundamental de aquella empresa intercambiando mapas y provisiones con mi tío. Sin embargo, los dos se habían encontrado por primera vez mucho antes, en el asentamiento francés de St. Genevieve, en torno a un asunto de venta de tierras en el que Drouillard había velado por los intereses de los franceses, y los hermanos Lisa —Manuel y mi padre— habían hecho lo propio para con los españoles. Tal vez os preguntéis cómo un indio llegó a ser interlocutor de los franceses. Os diré que el padre de Drouillard fue un colono francés en Quebec, y su madre, una india de la tribu shawnee. Aquel año, Drouillard ya había trabajado para ingleses, franceses, iroqueses, estadounidenses y osages, así que cualquier cosa podía esperarse de un hombre como él.

—Señor Manuel, ¿es cierto lo que *lo* gente ahora dice?

—Es cierto, sí.

—Mal para usted. Los omahas son amigos *contigo*.

—Y lo seguiremos siendo.

El comentario rotundo de Lisa consiguió incrementar la atención del indio, que dejó por un momento de cargar fardos para mirarle con atención.

—Tengo un regalo para ti —dijo mi tío.

Mientras lo decía, sacó de debajo de su chaqueta una pequeña bolsa de papel y la puso sobre el poste en el que estaba amarrada la balsa, cerca de Drouillard. El indio la observó sonriente y al mismo tiempo inquisitivo. Tras un instante, estiró el enorme brazo para agarrar el envoltorio de papel. Sabe Dios que pude ver entonces con claridad el enorme tatuaje que llevaba aquel hombre en la muñeca. Muy similar al que le había

visto a mi tío la noche anterior, bien definido y negro como el carbón sobre el pecho descubierto.

Drouillard rompió el papel y extrajo de él una caja de madera que poseía en su cubierta una ilustración a todo color.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

—Pero...

—Tú ábrelo. Es la última de estas que me queda en el almacén —dijo Lisa—. No encontrarás unos mejores.

El indio giró la caja para leer con detenimiento la colorida etiqueta, en la que rezaban unas cuantas líneas en español:

«TABACO PURO.

CALLE DE SAN IGNACIO, LA HABANA.

HECHO EN CUBA».

—Parecen de los buenos.

—Eso creo yo, desde luego.

—¿*De dónde* los tienes?

—Un viejo conocido mío tiene dónde conseguirlos, y los lleva a Valenzuela desde Florida.

—Y usted los subes desde Valenzuela. Sin pasar por Nueva Orleans.

—Efectivamente.

—No sé cómo siempre *te* consigues lo que te propones.

—Ojalá lo consiguiera solo la mitad de las veces que lo intento.

Drouillard guardó los habanos en la bolsa en que venían y los colocó en la balsa, junto a todo lo demás. Luego siguió cargando el resto de la mercancía y concedió a Manuel Lisa una pequeña risotada.

—Yo diría que intentas comprarme.

—Eso hago. ¿Vendrás con nosotros? —preguntó mi tío de inmediato.

—Es posible.

—¿Qué te ha dicho Lewis de mí?

—Que usted necesitabas poner a buen recaudo *estas* provisiones. Y también que necesitas un intérprete para su viaje.

—¿Y qué te parece?

—Como ves, no tengo problema en ayudarte con lo *premier*. Pero tengo *algunos* dudas con lo otro. No me cae bien la familia Chouteau, pero lo dirigen todo por aquí. Si vamos a emprender *un* expedición sin avisarlos..., van a estar enfadados. Es *un mal* idea.

—Es posible, sí. Puedes quedarte con todo lo que estás cargando como adelanto.

La oferta debió de sorprender a Drouillard tanto como a mí, ya que arqueó las cejas mirando a mi tío y dirigió una ojeada alrededor en busca de algún curioso. Cuando vio que tras los juncos todo estaba despejado, depositó él mismo el último fardo en su balsa y dio un brinco para ponerse justo enfrente de mi tío, apenas a un palmo de distancia.

—¿Necesitas un intérprete? Pensé que usted habla algo en la lengua de los omahas. Además..., con razón tienes la fama de loco, señor Manuel. ¿Cómo vamos a emprender un nuevo viaje hacia el oeste sin haber preparado nada antes?

El comentario resbaló en el semblante impasible de mi tío, que se limitó a fumar su puro con paciencia. Manuel Lisa llevaba semanas estudiando las rutas que Lewis y Clark habían tomado, pero sobre todo las que no habían tomado. Claro, que eso Drouillard no lo sabía. Y yo, por aquel entonces, menos aún.

—No solo necesito un traductor, Drouillard. Necesito un rastreador, un cartógrafo y un buen tirador. Y tú eres todo eso.

—Tengo otras ofertas. *Otros* expediciones.

—No tienes otra oferta como la mía.

Desde la orilla, observé con atención los comentarios y reacciones de ambos interlocutores durante un largo rato. George Drouillard se divertía con la forma de ser de mi tío. Constantemente le retaba a sorprenderle, como tratando de adivinar un atisbo de sonrisa bajo las pobladas patillas y el rostro enigmático de Lisa. Por su parte, Manuel concedía a aquel indio mucho más crédito del que daba a la mayoría de los

hombres con los que entablaba conversación, pues no rechistaba por ninguna de las bromas que lanzaba, incluso sonreía con alguna. La decisión parecía tomada desde hacía varios minutos, más aún cuando juntos compartieron su mutuo desprecio por la familia Chouteau, de la que hasta aquel momento nunca había oído hablar pero que sin duda tenía algo que ver con lo repentino de aquella empresa.

En ese instante, mi tío le hizo una nueva oferta a Drouillard.

—Serías el segundo al mando, junto con Benito Vázquez.

—¿El viejo Vázquez? Me *sorprendo* que siga vivo.

Dos bromas del indio más tarde, George Drouillard y mi tío se daban un corto pero firme apretón de manos.

—Una cosa más, Manuel. ¿Es cierto lo que dicen? ¿De verdad tienes contigo ese mapa?

—Es posible.

—Apuesto a que sí. Planeas encontrar *el* ruta por el agua hasta el Pacífico.

—Si la encontráramos, sería interesante, sin duda.

—Lewis y Clark no lo consiguieron. Créeme, Lisa, yo estuve allí. Los ingleses dicen que no existe. Los franceses dicen que no existe. ¿Se te ha ocurrido que, tal vez, no exista?

—Tal vez. —Una sonrisa inundó de nuevo el rostro de los dos hombres.

—¿Cuándo salimos?

—No tenemos mucho tiempo; en cuatro o cinco días, calculo.

—Poco tiempo. Tendré que reclutar *un* o dos *de* ayudantes. No les diré el motivo del viaje. Entiendo que seremos muy pocos. —Tras decir esto, Drouillard se giró hacia mí y sonrió de oreja a oreja—. ¿Vendrá con nosotros Joaquín Lisa?

—Sí —respondió mi tío.

Aquel monosílabo estaba a punto de cambiar mi suerte por completo, aunque yo aún no lo sabía. Resumía de algún modo mi participación en un viaje hacia lo desconocido y, por lo tanto, me pondría en un camino nunca antes transitado hacia tierras que jamás hubiese soñado imaginar. Pero al mismo

tiempo aquel monosílabo resumía una incursión arriscada en tierra inexplorada, pensé, que bien podía acabar con una flecha en mi sien, o tal vez en plena noche, con un cuchillo indio rebanando mi garganta. Mi tío había hecho multitud de pequeñas y grandes incursiones más allá de la frontera, pero sin duda esa, que fue la más precipitada, y la primera que hizo conmigo, fue la que más quebraderos de cabeza le proporcionó durante años. En cuanto a mí, bueno, tal y como tengo intención de seguir contando en estas páginas, en ella descubrí mi valentía, encontré el amor, perdí mi inocencia y por poco hallo la muerte. Se dice pronto. Sería esa empresa y no otra la que cambiaría nuestras vidas para siempre.

3

Como habréis notado, lo que le ocurrió a Manuel Lisa la mañana del día en que yo llegué estaba siendo la causa de todas sus decisiones precipitadas. Y aunque bien es cierto que yo me enteré de los detalles semanas después, os hablaré de ello en este momento, pues fue también el detonante de la conversación con Drouillard que ya he mencionado y del resto de preparativos de nuestro primer gran viaje.

Por lo que más tarde supe y pude imaginar, Manuel Lisa madrugó aquel martes, a sabiendas de que debía finiquitar sus asuntos pronto para poder ir en mi búsqueda en torno al ocaso. Desayunó una manzana y guardó en un bolsillo recóndito de la chaqueta una vieja carta que había estado salvaguardando durante meses. Observó cómo los niños se desperezaban en la cama, depositó un beso tímido en la mejilla de Polly y salió dando un brinco por la puerta trasera.

Pasó junto al río y observó de lejos su pequeño bote, bien amarrado y flanqueado por otros dos mucho más grandes y altaneros. El ajeteo y el ruido de los muelles solo eran interrumpidos cuando una nueva expedición surcaba el río Misisipi hacia el norte entre vítores de familiares y curiosos, hecho que, pensaba él, empezaba a ocurrir con demasiada frecuencia.

Lisa avanzó calle arriba palpando la carta que llevaba en el bolsillo de su chaqueta gris y tratando de evitar que se le arremolinase el pelo de las patillas. Lo cierto es que antes de salir de casa —raro en él— se había afeitado y acicalado con cierto esmero, decidido a no causarle mala impresión a Auguste Chouteau, probablemente la persona más influyente de todo San Luis.

Pues bien, al cabo de unos minutos había llegado al prominente edificio níveo que antaño había sido la sede provincial

de la Corona española. Acabado el pequeño período de dominio francés, lucía ya una ostentosa bandera estadounidense. Subió lentamente los peldaños que separaban la calle recién adoquinada del ilustre porche blanco. Dos jóvenes bien equipados con aparejos y utensilios de trabajo colocaban junto a la puerta un nuevo y prominente letrero:

«LOUISIANA DEPARTMENT OF WILDLIFE AND FISHERIES».

En el suelo, aún se podía leer el que acababa de ser retirado:

«CAPITANÍA GENERAL DE CUBA. LUISIANA ESPAÑOLA».

Golpeó en la puerta con la aldaba de bronce con cierto esmero y esperó unos segundos. Tras un rápido descorrer de cerrojos, el rostro no muy agraciado de una doncella más joven de lo esperado le sonrió bajo una cofia blanca.

—Buenos días. Tengo una cita con Auguste Chouteau. Decidle que Manuel Lisa ha venido a verle.

Sin mediar palabra, la doncella le invitó a pasar y se alejó dando saltitos por el pasillo.

Manuel entró en el enorme recibidor cerrando el portón tras de sí. Las ventanas estaban abiertas de par en par con la intención de airear la estancia recién pintada, por lo que el ruido de los carruajes era un tanto molesto. Todo estaba como nuevo. Sillones tapizados, enormes cuadros de marco dorado con escenas dieciochescas, e incluso un oso disecado sobre una alfombra carmesí. Aquello le hizo meditar un segundo. Las cosas iban bien por San Luis. Y les seguían yendo bien a los Chouteau.

La doncella regresó al cabo de un instante y le rogó que le siguiese por un oscuro y largo corredor. Aquella parte del edificio estaba aún siendo remodelada.

—Esto está cambiando mucho —dijo Manuel. La joven sonrió tímidamente y se ofreció para sostener amablemente los guantes y la chistera—. ¿Hace cuánto empezaron las obras?

La muchacha, que no hablaba español, volvió a guardar silencio mientras abría de un empujón una gran puerta de roble.

Manuel entró lentamente en el salón y se despidió de su acompañante, que cerró la puerta a toda prisa. Aquella estancia era de un extraordinario buen gusto. Al fondo, frente a un ventanal, se encontraba el escritorio principal, flanqueado, como era de esperar, por más tapices, un par de castores disecados y una buena pila de libros. Le llamó la atención un curioso violín que parecía no haber sido tocado en años y que yacía sepultado por una pila de mapas y contratos.

Escuchó un murmullo a su espalda y se volvió despacio.

—¡Vaya, a quién tenemos aquí! —La carraspeante voz de Auguste Chouteau dejaba percibir, entre risas, un diluido acento francés—. Al comerciante con los precios más altos de Nueva Orleans.

Tres hombres emergieron de la habitación colindante. Auguste Chouteau iba el primero. Unos sesenta años, piel rosada y ojos azules. Por aquel entonces había engordado una barbaridad. Le seguía el que sin duda debía de ser su hermano Pierre. Mucho más joven, pero poseedor de la misma papada. El tercero en discordia era un estadounidense entrado en años enfundado en un uniforme añil. Sonreía altivamente y se adelantaba con premura a los dos hermanos Chouteau para estrechar la mano de Manuel...

—Manuel Lisa, es un placer conocerle al fin. —Le estrechó la mano enérgicamente durante el tiempo suficiente para que Lisa pudiese ver las medallas que engalanaban su chaqueta. La conversación prosiguió en inglés—. Es usted tal cual había imaginado. Soy James Wilkinson, gobernador del territorio de Luisiana.

—Toma asiento, por favor, Manuel —le espetó Auguste Chouteau tras darle también la mano—. Este es mi hermano Pierre. Creo que no llegaste a conocerle en Nueva Orleans. —Pierre Chouteau parecía un hombre reservado, tanto que sin mediar palabra tomó asiento al fondo de la gran mesa de madera—. ¿Quieres un brandy?

—Sí. Ponme uno. —Manuel Lisa se acercó a su anfitrión aceptando una minúscula copita de fino cristal tallado. El brandy afrutado se había convertido en un rito formal entre las clases más acomodadas del Misisipi. Tomó del mismo modo asiento en un extremo de la mesa.

El gobernador se palpó la espalda con gesto dolorido y emitió un pequeño suspiro mientras se sentaba, según tengo entendido, junto a los dos Chouteau, justo enfrente de mi tío Manuel.

Se hizo un silencio lo suficientemente largo como para oír cómo un carruaje se acercaba y posteriormente se alejaba al otro lado del gran ventanal.

—¿Cómo está Polly? —preguntó Auguste.

—Bien. Cuidando como puede de los niños. —Por lo que ella le había dicho, Manuel sabía que Auguste Chouteau había visitado a su mujer en los últimos meses—. Y encargada también de los envíos de carne a la capital.

—Ha sido un mes muy frío. Pasé a visitarlos, a los niños y a ella..., hace unas semanas.

—Lo sé. Me lo dijo. —Manuel buscó rápidamente con la mirada a Wilkinson—. Le agradezco al gobernador que aceptase concedernos el nuevo terreno que solicitamos junto al río. Soy consciente de que las tierras ribereñas del Misuri son cada vez más cotizadas en San Luis.

—No hay nada que agradecer, Lisa —respondió amablemente el gobernador—. Alguien que ha prestado semejante servicio al propósito del presidente Jefferson no puede conformarse con una finca de rango menor. —Al oír esas palabras, el menor de los hermanos franceses se removió, incómodo, en su silla haciendo chirriar las maderas.

—Tu petición era más que razonable, Manuel —continuó Auguste—. Me alegré al saber que finalmente nuestro nuevo gobernador te la concedía.

—Con todos los respetos, hermano: ¿qué hizo este español por el presidente Jefferson? —preguntó en francés y de forma repentina el compungido Pierre Chouteau. Su hermano mayor

sonrió mientras parpadeaba lentamente, con un rostro que a duras penas lograba disimular el hastío.

—Manuel Lisa guio al capitán Lewis y a William Clark...

—Las únicas cartas españolas que llevaron consigo fueron las de John Evans. Galés, por cierto.

—Pierre, Manuel aprovisionó...

—Tú lo has dicho. «Aprovisionó» —interrumpió Pierre—. Aprovisionó de suministros en su salida a Lewis y a Clark. Como no podía ser de otro modo si quería demostrar estar al servicio del Gobierno estadounidense y no del lado de los espías de la Corona española, como sin duda lo estuvieron sus compatriotas. ¿Me equivoco?

Conociéndole, mi tío Manuel debió de pensar que aquella impertinencia era propia de un pupilo sin modales. Fijó su mirada en el joven Pierre y pensó que tal vez no fuera tan joven. Parecía haber rebasado con creces la tercera década de vida, tal vez fuese de la misma edad que el propio Manuel Lisa. Un silencio aún más largo —y sin duda más tenso que el anterior— sostuvo el pulso de la estancia.

—Hermano —continuó Pierre—, tratemos antes que nada el asunto de los omahas... —Esa fue la primera intentona del tal Pierre de mencionar el tema relativo a los indios omahas.

—Ahora no, Pierre —le interrumpió Auguste con una nueva sonrisa, esta vez entre cordial e incómoda—. ¿Cuál es el motivo de tu requerimiento, Manuel?

Manuel Lisa, con la mirada aún fija en Pierre Chouteau, tardó unos instantes en reaccionar. Finalmente asintió, echó mano al bolsillo de su chaqueta y extendió la carta de aspecto maltrecho como el que extiende un mapa. Comenzó a explicar con calma los motivos de su visita.

—Hace hoy tres años, me comprometí a ayudar, guiar y aprovisionar de mapas y herramientas al capitán Meriwether Lewis y al subteniente William Clark en un peligroso y reconocido viaje que duró más de dos años, desde mayo de 1804 hasta septiembre de 1806. —Se reclinó en su asiento y continuó su explicación con aparente calma, aguardando a que el

gobernador se bebiese el último sorbo de brandy—. Conocedor de las rutas fluviales desde la época en que la Corona española poseía estas tierras, no tuvo dificultad en señalarles y aconsejarles el que consideré que podría ser el mejor camino hasta el océano Pacífico. —Volvió a hacer una breve pausa, estudiando con aplomo la reacción de Pierre Chouteau, que negaba lentamente con la cabeza.

Wilkinson tomó con cuidado la carta que Manuel había extendido sobre la mesa y empezó a examinarla con detenimiento.

—Como puede ver, gobernador —prosiguió Lisa—, a cambio de tales servicios, su antecesor en el cargo se comprometió a mantener los planes comerciales que yo mismo había acordado con Juan Manuel Salcedo, el antiguo gobernador español de la Luisiana. Por eso solicito de ustedes un salvoconducto que me permita abrir una ruta comercial con Santa Fe.

Las manos de James Wilkinson depositaron cuidadosamente la carta en las de Auguste Chouteau, que leyó despacio mientras se mordía un poco el labio inferior, pensativo. Cuando acabó, dejó la carta en la mesa y fijó su mirada en Manuel Lisa.

—Manuel, Santa Fe pertenece a la Corona española. Y solo mi familia tiene derecho a ese monopolio a través de Texas.

—¿Tu familia? ¿Desde cuándo? —inquirió mi tío, sorprendido.

—Desde el verano pasado. Pensé que lo sabías.

—Yo te hablé de esa ruta, Auguste. La conoces gracias a mí.

—Mi sobrino y su mujer disponen desde el año pasado del monopolio comercial que recorre el camino de Santa Fe... Sin embargo, sabiendo que este es tu deseo, no creo que tengan problema en contratarte para la expedición de este verano.

Aquellas palabras fueron un jarro de agua fría para Manuel, que continuó sosteniendo el vaso de brandy con firmeza. Manuel Lisa había trazado aquella ruta. Y si la familia Chouteau la conocía, era gracias a sus esfuerzos. Sus posibilidades de crecer económicamente dependían en gran medida del con-

tenido de esa carta. Por un momento miró al suelo buscando las palabras adecuadas. Después se volvió lentamente hacia su viejo amigo.

—Te conté en múltiples ocasiones mi intención de abrir una ruta comercial con Santa Fe, Auguste. Sabías que me fue prometida la posibilidad de abrir la maldita ruta. Tengo una carta que lo acredita. —El español blandió de nuevo la misiva con su mano derecha mientras depositaba con la zurda su ya vacía copa de brandy—. Esa era mi ruta. Es mi ruta, Auguste.

—Escuche, Manuel. Los Chouteau tenemos el monopolio legal del comercio con Santa Fe, entérese —añadió el joven Pierre echándose hacia delante.

—No estoy hablando contigo. Auguste, puedes decirle de mi parte a tu hermano que cierre la boca en lo sucesivo —replicó Lisa señalando al joven.

—Cálmese, Manuel. Las cosas han cambiado mucho —susurró el gobernador Wilkinson—. Hace ocho años esta ciudad era española. Hace cuatro, francesa. Ahora es estadounidense. Las normas cambian... Y, por tanto, todos estos asuntos... cambian. La persona que firmó esta carta no tenía potestad para hacerlo. Además, si es solo eso, una carta, no tiene validez legal. Lo que usted acordase con Salcedo es ahora irrelevante. Luisiana se rige por las leyes estadounidenses.

Luisiana se regía, para que quede claro, por las leyes del soborno.

—Sin embargo, los Chouteau sí pueden comerciar en territorio español. Hay algo que nunca cambia, gobernador —respondió Manuel—. La familia Chouteau siempre ha dispuesto de todo lo que le ha venido en gana.

Pierre Chouteau se puso en pie de un salto, se detuvo para inspirar profundamente y le dedicó a Manuel una mueca desafiante mientras le señalaba con el dedo.

—Somos los fundadores de esta ciudad, Lisa. No sé quién diablos te has creído que eres, pero mientras permanezcas en los Estados Unidos deberás acatar nuestras leyes. Ese mono-

polio es nuestro. Bastante halago es que te hayamos recibido en presencia del gobernador...

—Nunca debisteis lealtad a Salcedo, ni a Carlos IV... Y tampoco se la debéis a Napoleón. —Manuel Lisa se incorporó, enfrentándose con el pequeño de los Chouteau. Acto seguido lo hicieron Auguste y el gobernador Wilkinson. El español frunció el ceño y sus labios se contrajeron en un gesto de ira contenida—. Así que no te atrevas a justificar el saqueo que estáis llevando a cabo con las leyes del maldito presidente Jefferson.

—¡Él es ahora tu presidente, desagradecido! ¡Sus leyes son las mismas por las que tienes una casa en nuestra ciudad! Y eso que con ese aspecto andrajoso no mereces más que una pocilga... ¡Desaparece de nuestra vista! —Pierre Chouteau cogió la carta de encima de la mesa y con dos giros bruscos de muñeca la partió en cuatro pedazos. Manuel Lisa se agachó. Con apenas dos movimientos rápidos de sus dedos sacó de su botín un cuchillo afilado y lo posó en un abrir y cerrar de ojos sobre el cuello desnudo del más joven de los Chouteau. El trinchete era corto, con mango de cuero y cuidadosamente decorado con motivos tribales.

—Es evidente que no sabes bien quién soy —dijo Chouteau, aunque lo podría haber dicho cualquiera de los dos.

—Lisa, si no te calmas, tendré que pedir que te arresten. Baja el arma —dijo James Wilkinson al tiempo que cogía cuidadosamente los restos de la carta y se los tendía a su propietario. La respiración de Pierre era pausada pero notablemente inquieta—. Este documento no tiene validez alguna. La ruta a la que hace referencia tiene un acuerdo de monopolio con la familia Chouteau. Te recomiendo que vuelvas a casa y recapacites sobre la opción de aceptar un contrato laboral con su compañía. —Manuel bajó el cuchillo y lo arrojó ferozmente contra la mesa de madera.

—Ese cuchillo... es de los omahas —observó Pierre—. Hermano, no he venido aquí a escuchar amenazas y sandeces sobre el camino de Santa Fe. He venido a dejar claro el asunto de los omahas. —Pierre miró a su hermano, que a regañadien-

tes asintió con la cabeza antes de volver a fijar la mirada sobre Manuel.

—Cuando fui a verla, tu mujer comentó que estabas en la capital —dijo Auguste—. Sin embargo, tú mismo dijiste que fuiste a vender pieles de castor al mercado de Nueva Madrid. Y por lo que hemos sabido, no estuviste ni en un sitio ni en el otro. Estuviste en Tonwantonga.

—¿Me habéis estado siguiendo?

—Contrataste a los isleños. Subiste por el Misuri con ellos... Tienes una canana con tres plumas pintadas de rojo en tu escritorio, Lisa. Según los textos de Lewis, es el emblema de Big Elk.

Big Elk es como los hombres blancos llamaban a Ontopanga, el jefe de los omahas. Sin duda, Chouteau había ido a visitar a Polly para confirmar la teoría de que Manuel Lisa intercambiaba pieles y herramientas con la nación omaha.

—Lisa, podemos pasar por alto que mintieses a las autoridades. Pero sabemos que tienes algún tipo de acuerdo con los omahas. Y eso debe terminar —sentenció Pierre—. Los contratos de comercio con Tonwantonga y esa tribu pertenecen a la familia Chouteau desde el día primero del mes pasado.

Manuel creyó haber oído mal. Se encogió de hombros e hizo un amago de enfrentarse a su interlocutor, pero se detuvo a la mitad, sorprendido y confuso. Su mirada se encontró con la del gobernador Wilkinson, que asintió con firmeza. Mi tío había ido a aquella reunión con la esperanza de alcanzar acuerdos que le hicieran progresar económicamente, y esta nueva situación no solo no se lo permitía, sino que cortaba de raíz su única fuente de ingresos. Se produjo entonces el silencio más largo hasta el momento, solo interrumpido por el sonido de un martillo lento y grave en el pasillo colindante. Manuel cogió los añicos de la carta que le tendía el gobernador y se guardó el cuchillo de nuevo en el botín. Esta vez, dos carruajes pasaron bajo la ventana. Manuel permaneció inmóvil un último momento, con los ojos clavados en la papada sudorosa de su viejo amigo Auguste.

—Iré al tribunal para asegurarme de que lo que decís es cierto.

—Ve adonde tengas que ir, Manuel. Verás que la única compañía que opera ahora en San Luis bajo contrato legal es la nuestra. Además, entiende que tus compatriotas no te lo están poniendo fácil. Hace apenas unas semanas las autoridades españolas arrestaron a uno de nuestros mejores exploradores...

—Me trae sin cuidado, Auguste.

—Lo más inteligente por tu parte sería mantener una buena relación con...

—El problema de nuestro tiempo es que los hombres débiles y decréditos sois más ricos y poderosos que los que aún tenemos fuerza para explorar este continente. —Manuel Lisa supo en ese momento que su temperamento había echado por tierra toda posibilidad de buscar un nuevo acuerdo con sus anfitriones. Cosa que, por otro lado, le agradó profundamente. Pese a la rabia, de pronto, se sintió liberado. Recordó que esa tarde llegaba a la ciudad el que suscribe estas líneas. Se acordó de Drouillard, de Diego de Goiri y de los viejos amigos que aún le quedaban en Nueva Madrid. Elaboró en su mente el esbozo de un plan.

—Coge tus cosas y sal de aquí, Lisa.

—Puede que controléis la ruta de Santa Fe. Y puede que sobre el papel hayáis adquirido un monopolio con los omahas. Pero si voy allí y alcanzo un nuevo acuerdo con ellos...

—¿Con qué tripulación, Lisa? Nosotros tenemos hombres para hacerlo. Eres un gran explorador. Pide perdón por tus palabras, recapacita y únete a nosotros. ¿Es cierto que tienes ese mapa del que todos hablan?

—Sé navegar por el Misuri. Conozco mejor que nadie a las tribus, y sabéis de sobra que soy mejor explorador de lo que llegaréis a ser cualquiera de vosotros. Allí, río arriba, hay cosas que apenas imagináis, Auguste. Cosas que vosotros no sabríais encontrar. Y créeme, cuando las descubra, seguiréis peleando por las migajas de un botín obsoleto. Buena suerte

en su nuevo cargo, gobernador. —Manuel Lisa dio media vuelta sobre sí mismo y caminó con presteza hacia la puerta oscura de roble—. A propósito —añadió justo antes de salir y tras haber escupido sobre la moqueta—: el brandy estaba asqueroso.